

Al llegar la primavera se celebra en España la Semana Santa. Son muy conocidas las celebraciones de las principales capitales de Andalucía o de Castilla y León. Pero en cualquier lugar de la geografía española, por muy pequeño que sea, se celebran procesiones o rituales que se remontan varios siglos.

En tierras de Castilla, cercanas a Aragón, se alza la milenaria ciudad de Sigüenza. Es fácil distinguir en su perfil la catedral y el castillo, construidos en la Edad Media, gracias a los cuales y a sus gentes la ciudad tiene una fisonomía característica. Por la ladera de la montaña en la que se asienta se despliegan callejuelas medievales, murallas superpuestas, un barrio levantado durante la Ilustración y una alameda de comienzos del siglo XIX. Recorrer las calles seguntinas es gozar de una lección de historia.



En Semana Santa, un grupo de cofrades pone todo su empeño en volver a celebrar la Semana Santa como lo vienen haciendo desde el siglo XVI. Allí por 1536 los cofrades de la Santa Vera

Cruz de Sigüenza recibieron los privilegios papales del *oraculo vivae vocis* por el que, si cumplían con los mandatos de la Iglesia, gozaban de las mismas prerrogativas que los que celebraran la Semana Santa en Roma. Unos años después, en 1549 se organizaron como tal cofradía, redactando sus estatutos y celebrando sus procesiones el Domingo de Ramos y el Jueves Santo. A finales de aquel siglo ya portaban pasos con imágenes de Cristo y de la Virgen.

En 1636 se fundaba otra cofradía, la del Santo Sepulcro, para celebrar el Viernes Santo el entierro de Cristo, con un descendimiento que se hacía en la propia catedral. Esta ceremonia fue prohibida a finales del siglo XVIII y recuperada por la Cofradía en 2017. La procesión se mantiene con igual recorrido desde hace 381 años.

Hubo que esperar a 1935 para que ambas cofradías, cuyos hermanos y abades eran prácticamente los mismos, se unieran. Surge así la Cofradía de la Vera Cruz y Santo Sepulcro.



Los primitivos hermanos se dividían en dos categorías: de vela, luz o acompañamiento y de sangre. Estos últimos se azotaban las espaldas durante la procesión. Cuando comenzaron a portar imágenes grandes, los pasos, un grupo de hermanos llevaban los de Cristo, mientras que los sacerdotes trasladaban los de la Virgen.

En el siglo XVIII, cuando se prohibieron los flagelantes en las procesiones y por causas que no muestran los documentos conservados, un grupo de cofrades “de carga” comenzó a vestirse de una forma peculiar. Su atuendo estaba compuesto por camisa blanca, un calzón y una chaquetilla de pana negra, medias y zapatos de igual color. Sobre el traje “de dentro” colocaron un cuero o colete, unas mallas o corazas compuestas de peto y espaldar, sobre la que ceñían una vistosa faja de color rojo. La cabeza iba guarnecida con un caso y sostenían, además, una pequeña lanza o alabarda. En definitiva, un traje de rasgos militares. Por esta vestimenta tan peculiar, a este grupo de cofrades que portaban a sus hombres los pasos comenzó a llamárseles armados, vulgarmente conocidos en Sigüenza como *armaos*. Por extensión, el modo singular de llevar los pasos, rascando el suelo, se conoce como *paso de armao*.



En la actualidad mantienen el mismo espíritu y ánimo que sus antepasados. Una tradición que pasa de padres a hijos o entre hermanos y amigos. El medio centenar de armaos realizan un notable esfuerzo todos los días de la Semana Santa, ya que cargan sobre sus hombros las imágenes entre el Domingo de Ramos y el Domingo de Pascua. Su día grande es el Viernes Santo, al concentrarse en este día señalado las procesiones seculares: la matinal de la Vera Cruz y la vespertina del Santo Sepulcro. La primera parte de tres iglesias para reunirse en una plaza y continuar hasta el final de La Alameda, donde se encuentra la actual ermita. La nocturna sigue dando una vuelta por el interior de la catedral – experiencia que nadie debería perderse– para descender hasta la antigua ermita de San Lázaro, extramuros de la ciudad.

El Domingo de Pascua todo es alegría. De buena mañana, tras la misa, realizan en la catedral el encuentro de Cristo Resucitado, a hombros de los armaos, con la Virgen de la Alegría, portada por las hermanas de carga. La procesión, que recibe el nombre de *La Torrendera*, está acompañada con música tradicional y cohetes. Desciende, por el mismo camino que a comienzos del siglo XVII, desde la catedral hasta la iglesia de los Huertos, emplazada en La Alameda.



Ritos religiosos seculares que realzan la belleza de las piedras medievales de Sigüenza. Sin olvidar la gastronomía de estos días, en la que destacan las torrijas –rebanadas dulces de pan con leche, vino o miel– y la limonada –bebida hecha con vino, azúcar, fruta y canela–.

No dude en disfrutar de Sigüenza estos días y quedará gratamente sorprendido de sus tradiciones seculares, de sus procesiones inolvidables y de la figura de los armaos. Basta con desviarse unos kilómetros de la carretera que une Madrid con Barcelona y alojarse en su castillo, que es un monumental Parador, o en cualquiera de sus numerosas casas rurales.



Texto: Marina Ortego Carrascal
Fotos: Antonio López Negredo
Javier Bravo Andrés
Marina Ortego Carrascal
Javier Sanz Serrulla



Una Semana Santa diferente
Sigüenza y sus "armaos"